

había de comentar después Benjamín Constant; en España, donde impulsa a hombres como el conde de Aranda y Campomanes, a quien Villemain llama el Turgot español; en Portugal, donde el marqués de Pombal hace traducir las obras de Voltaire y de Diderot; en Alemania, en la corte de Federico y en la de José II, y hasta en Rusia, en la corte de Catalina. Y cosa notable, esas ideas que parten de Inglaterra y reciben en Francia su más brillante expresión, hallan en Alemania un nuevo órgano, indudablemente menos popular, pero en cierto modo quizá el más significativo de todos. No se trata, por supuesto de ninguno de los filósofos de Berlín; la Academia de Berlín es el espíritu francés transportado a la capital de Prusia; se trata del filósofo de Königsberg, de Kant, quien de tan típica manera representa la filosofía del siglo XVIII y para quien la moral es el alma de toda la filosofía.

Kant está también penetrado por ideas francesas, sobre todo por las de Montesquieu y Rousseau, que había leído y meditado mucho; pero esas ideas las representa, las desarrolla o las corrige siguiendo su propio genio, donde se reflejan perfectamente el *espíritu germánico* y el *espíritu protestante*. En esto vemos la filosofía del siglo XVIII volver en cierto modo a su origen primitivo para tomar en él un nuevo acento.

Al lado de Kant podría citarse todavía a Fichte, al menos al Fichte de 1793, al autor del *Discurso sobre la libertad de pensar* y de las *Consideraciones sobre la Revolución francesa*.

Si quisiéramos caracterizar todo ese movimiento en pocas palabras, diríamos que es filosófico y práctico, que se aplica a reformar el hombre y la sociedad por la razón, que es racionalista y militante.

Examinemos ahora más detalladamente qué ideas expresaron los que en ese gran movimiento fueron más especialmente los protagonistas y los órganos de la filosofía moral.

Ante todo, el siglo XVIII se nos presenta con la más brillante escuela materialista que se haya visto en el mundo. Conforme con las tradiciones de las grandes épocas materialistas, la nueva escuela no respetó los prejuicios. Comenzó por sentar su base ética con extrema dureza, en la que casi se percibe la preocupación de chocar con las opiniones corrientes.

La Mettrie, que se distingue en esta vía, llegó a ser, a causa de esto, el espantajo, el *monstrum horrendum* del materialismo.

Harto insólitas por sí mismas, en aquellos días del jesuitismo y del jansenismo, las opiniones de La Mettrie fueron odiosamente caricaturadas. He aquí un resumen dado por Lange, y que tiene el mérito de ser fiel y de castigar algunas exageraciones.

«La felicidad del hombre se funda sobre el sentimiento del placer, que en todas partes es el mismo, pero se divide, según su cualidad, en placeres groseros o finos, cortos o duraderos. Como no somos más que cuerpos, nuestros goces intelectuales, hasta los más elevados, son, por consiguiente, en virtud de su substancia, placeres corporales; pero en cuanto a su valor, esos placeres difieren mucho unos de otros. El placer sensual es vivo, pero corto; la felicidad que resulta de la armonía de todo nuestro ser es tranquila, pero duradera. La unidad en la variedad, esa ley de toda la Naturaleza se encuentra, pues, aquí, y preciso es reconocer en principio que todas las especies de placer y de felicidad tienen derechos iguales, aunque las naturalezas nobles e instruídas disfruten de goces que no estén al alcance de las naturalezas bajas y vulgares.

»Esa diferencia es secundaria, y no considerada más que la esencia del placer, no sólo la disfruta el ignorante como el sabio, sino que además no es menos grande para el bueno que para el malo.

»El desarrollo intelectual de un sujeto no es una condición *sine qua non* de felicidad. Que la dicha del hombre esté fundada sobre la sensibilidad y